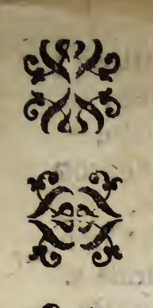
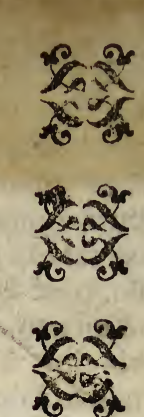




ROMANCE DE LOS AMOROSOS SUCESOS DE

D. ANTONIO NARVAEZ,

Y ROSAURA.

SEGUNDA PARTE.

YA dixe en la primer parte
como quedé tan absorto
en Cordoba, y sin saber
de Rosaura, y deste modo
adquiri algunas noticias:
sagaz, astuto, y mañoso
solicité la amistad
muy estrecha con un mozo
de la casa de Rosaura,
y este me dixo à mi como
á Madrid se la llevaron;
aqui quedé pesaroso.
por saber de que su Padre
la prometió afectuoso
en Madrid á un Caballero:
á buscarle me dispongo,
y tomando de mi casa
doscientos pesos en oro,
y disponiendo el viage
al punto el camino tomo.
Salgo de Cordoba, y entro
en aquel espeso toldo
de la gran Sierra Morena,
aquel pyramide bronco,
aquella torre de ramas,
aquel Parayso hermoso
de fragantes azuzenas,
busco à Rosaura entre troncos,
loco, y sin sentido, digo:
Montes, Aves, Sierras, Mõstruos,
Aves que volais, decidme
con vuestros picos sonoros:
pasó por aqui Rosau;a ?
No me la negueis piadosos,
y asi sin ningun consuelo
breve las jornadas cojo.
Entré en Madrid una tarde,
y aqui quedé mas absorto,

por

por mirar en este sitio
gentio tan numeroso,
porque buscar á Rosaura
en Pueblo tan populoso,
era busrar una una aguja
en ese salado golfo.
En fin, pasé á una posada,
tomo quarto, y me acomodo,
dí principio à mis intentos,
examinandolo todo,
los balcones de Palacio
registro mas cuydadoso,
que como Rosaura era
encanto mas prodigioso,
me pareció, que en Palacio
depositarla era poco.
En Madrid gasté diez meses
de este referido modo,
sin saber en qué parage
asiste la que yo adoro.
En fin pasé á despedirme
del Lucero prodigioso
de Atocha, sagrada Reyna
Madre de Dios Poderoso.
Entré en su casa una tarde,
y á su sagrado me acojo,
le dixe: Sacra Princesa,
Madre de los hombres todos,
si conviene el que Rosaura
sea mi esposa, en Vos pongo
oy todas mis esperanzas,
pues que soy vuestro devoto.
Esta peticion le hice,
salgo del Templo lloroso
en ocasion que pasaban
dos Coches, y cuydadoso
miro por las vidrieras
del uno donde conozco,
y veo como es Rosaura,
(aqui quedé muy gustoso)
me pareció que sonaba,
sigo el Coche presuroso,
y en breve tiempo llegaron
a un Palasio suntuoso,
donde desmontan del Coche,
se entran en la casa todos.
Confuso quedé en la calle,
y preguntandole á un mozo
que trae las Mulas le dixe
solicito, y cuydadoso:
Es de Cordoba una Dama
que entró dentro? Dixo pronto,
es verdad lo que usted dice,
de Cordoba es, y ha poco,
que vino aqui esa Señora,
mi Señor es Tio propio
suyo, y la tiene tratada
de casar con un famoso
Caballero aqui en Madrid.
Vertiendo llanto mis ojos
fui á mi quarto discurriendo
arbitrios, trazas, y modos,
para que sepa Rosaura,
que estoy en Madrid, dispongo
lo mejor que fué comprar
quatro cintillos de oro
muy ricos, y en un bolsillo
pequeño, y muy curioso
meti dentro los cintillos,
y el Guante, que en el Arroyo
perdió Rosaura, y la Cinta,
que tambien me dió á mi proprio
quando la encontré en el monte,
y resolviendome á todo,
en el nombre de su Padre
le escribi de aqueste modo:
Hija Rosaura, permitan
oy los Cielos poderosos,

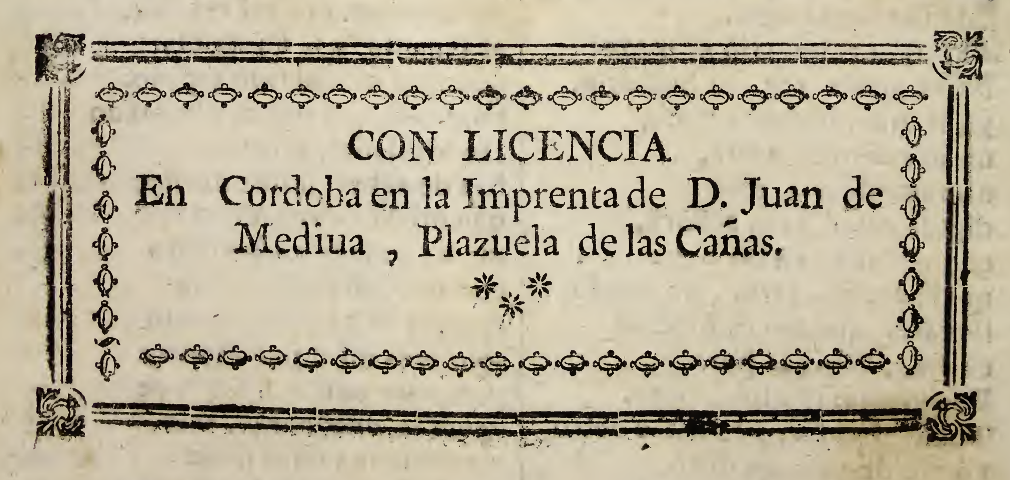
el

el que estas letras te hallen
como deseo yo propio;
encasa para servirte
quedamos todos gustosos.
Te envio quatro cintillos
muy ricos de fino oro,
y la Cinta que me distes,
que te guardara yo propio.
Bien te acordarás Rosaura
el Guante, que en el Arroyo
perdiste tambien lo envio,
y todo lo lleva un mozo,
no dixe mas, y con esto
cierro la carta, le pongo
la llave á mi cofrecillo,
tomé la calle brioso,
llegué al postigo, y tocando,
al instante baxó un mozo,
y le dixe: Caballero,
de parte de Don Antonio
de Carrero que reside
en Cordoba traygo un poco
de recado á una señora,
y allá me dixeron, como
asistia en esta casa.
Al punto respondió el mozo:
No se puede vér, ni hablarle,
yo le dixe: importa poco,
no necesito de verla,
ni comunicarla, solo
digale usted á esa señora,
que si mañana á las ocho
no ha escrito carta, no puedo
llevarla, que me es forzoso
el irme, y en esa hora.
Respondió: lo diré pronto.
Tomó el cofre, y lo entró détro
yo me despedí gustoso,
donde pasé aquella noche
revolviendo promontorios
de pensamientos, y el dia
vino con roxos asomos:
llegué al postigo, y tocando,
con pasos muy presurosos
salió Rosaura, y con ella
salen otros seis, ú ocho,
helada quedó de verme,
salióle el color al rostro,
y me dixo: Caballero
sois de Cordoba? Y respondo:
no señora pero soi
de cerca de sus contornos,
y asisto para servirte
en el Arroyo del Oso.
Dice Rosaura: ya he visto
ese sitio mostuoso:
pues digale usted á mi Padre,
que no sea perezoso
en executar lo escrito,
y con disimulo ayroso
me dió Rosaura una carta,
que decia deste modo;
aunque en nombre de mi Padre
me escribes con tal rebozo,
el Guante, y la Cinta dice,
que eres mi querido esposo.
Supuesto que me has buscado
tan vigilante, y zeloso,
has de saber, dulce dueño,
que mi Tio cuydadoso
me ha tratado casamiento
con un Caballero mozo
de aqui de Madrid; mas tú
solo eres mi dulce esposo:
para esta noche á las doce
vendrás, dueño mio, solo,
y en una rexa que tiene
dos palmas, estarás pronto

en

en hacer alguna seña,
que este es mi retiro propio,
y una cuerda de diez varas
has de traer, que es forzoso
baxarme de una Azotea,
q̃ aunque el paso es peligroso,
atropellaré peligros,
porque tú seas mi esposo:
no dixo mas, y con esto,
señores, quedé tan loco,
que no llegué á presumir
siera mio tanto gozo.
Tocó el Relox á las doce,
tomé la calle brioso,
llegué al postigo, y tocando,
con pasos muy presurosos
salió Rosaura, y me dixo:
Amante, y querido esposo,
recibe esta ropa, y dame
la cuerda, y se la di pronto,
asegurola, y baxando
con un denuedo animoso,
recibiendola en mis brazos,
tomé la calle brioso.

El placer que aquella noche
tube, notelo el curioso;
al siguiente dia salgo,
y con ingenio mañoso
en un Coche que pasaba
à Cordoba la acomodo,
donde iba un Caballero,
y una Señora gozosos
de haver un pleyto ganado,
nos recibieron gustosos,
y Rosaura á los Señores
les contó el suceso todo.
A sucasa nos llevaron,
y en persona pasó él propio,
diò cuenta al Señor Obispo;
pero el Pastor amoroso
mandó, que nos desposasen,
y lo executaron prontos:
y componiendo las partes,
quedaron todos gustosos.
Y Don Antonio Narvaez,
que es este su nombre propio,
pide perdon de sus yerros,
pues confiesa no havrá pocos.



CON LICENCIA
En Cordoba en la Imprenta de D. Juan de
Mediua, Plazuela de las Cañas.